

LAS NUBES DE ARISTÓFANES Y LAS NUEVAS TENDENCIAS EN LA EDUCACIÓN ATENIENSE

Óscar Velásquez

Pontificia Universidad Católica de Chile*

Resumen

La representación del personaje Sócrates en la comedia las *Nubes* de Aristófanes, si bien controversial, es objeto aquí de un análisis que busca poner de manifiesto los puntos de acuerdo, más allá de las diferencias, entre los testimonios del comediógrafo y los del filósofo Platón. Suponiendo que la figura del Sócrates platónico corresponde básicamente a la realidad histórica, parece posible demostrar que hay numerosos puntos de acuerdo con el personaje Aristófanes. Este estudio se centra especialmente en el tema de la educación y en el impacto que la personalidad de Sócrates tuvo, como lo atestiguan, con prismas diferentes, tanto Aristófanes como Platón.

Abstract

(This study intends to show the lines of agreement –rather than the differences– between the testimonies of Aristophanes and Plato concerning the representation of the character Socrates in Aristophanes' comedy Clouds. From the perspective of the historical view of Socrates, it seems possible to state that there are a number of common features between Plato's view of Socrates and the character in Aristophanes. This study centers on the theme of education and on the impact of Socrates's personality in it, as portrayed by both.)

La comedia las *Nubes* de Aristófanes ha sido, casi inevitablemente, motivo de controversias desde la Antigüedad. No suele importar mucho que personalidades influyentes del momento, como Cleón, el poderoso y en muchos aspectos exitoso demagogo ateniense, sean ridiculizadas en forma inmisericorde por el comediógrafo. Inspira interés, sin embargo, cuando la agresión se dirige con descarnada

* Este trabajo es parte del proyecto FONDECYT N° 1010466.

fuerza en contra de uno de los personajes más venerados de la Antigüedad, el filósofo Sócrates; y ello es más complicado aún, si se tiene en cuenta el hecho de que son muchas las fuentes contemporáneas que ofrecen un cuadro de hecho contrapuesto. Para ello puede bastar la mención de las obras de Platón y de Jenofonte, en que el filósofo ocupa un lugar de privilegio y respeto. Por estas razones, al menos, es preciso delimitar el campo de esta investigación; porque me propongo un objetivo de modesto alcance, y que consiste en analizar los rastros de un posible sistema socrático de instrucción y enseñanza, un proceso de educación que suele llamarse entre los griegos *paideia* o *paideusis*. En la creencia de que el Sócrates *real* sí estuvo preocupado de la enseñanza (se haya o no dedicado profesionalmente a ella), la representación que de él hace Aristófanes, más allá de la polémica acerca del valor moral de su contenido, es, a mi juicio, sorprendentemente consistente en sus líneas generales. En otras palabras, la figuración del personaje Sócrates es coherente consigo mismo, y, en apariencia, no tan incongruente, como se ha solido aseverar, con los testimonios acerca del filósofo como los de Platón o Jenofonte.

Para llegar a una conclusión de esa naturaleza es necesario, evidentemente, tener en cuenta la diversidad de los puntos de vista de los autores, en especial –como es el caso de Aristófanes– si es posible, o hasta qué punto lo es, interpretar una personalidad histórica a través del complejo prisma de la comedia. El método, entonces, de este trabajo consiste básicamente en un examen del personaje Sócrates tal como figura en las *Nubes*, con el intento de develar, hasta donde ello sea posible, esos rasgos que lo ponen en sintonía con Platón. Más allá de la metodología, por otra parte, y en cierta medida como un resultado de ella, quiero además sugerir que, precisamente, esa representación del Sócrates de las *Nubes* posee, en lo que a la educación se refiere, un grado significativo de consistencia, es decir, la concepción socrática de la enseñanza parece ser justamente una temática que manifiesta puntos interesantes de contacto entre el comediógrafo y el filósofo Platón.

ESTREPSÍADES, EL HÉROE DE LA COMEDIA Y PORTAVOZ DEL RUMOR POPULAR

En la economía de la obra, el personaje Estrepsíades cumple un papel claramente establecido desde el inicio. Un padre cargado de deudas producidas por su hijo Fidípides, amante de los caballos y las carreras. El agobio del padre no ha cesado y le mantiene en vigilia, mientras

su hijo ronca y pronuncia dormido frases alusivas a sus aficiones hípicas. Muy pronto, sin embargo, surge la idea que ha de poner en movimiento toda la trama de la obra:

Ahora entonces que he estado pensando toda la noche en una salida encuentro un atajo único, divinamente amplio: si logro persuadir a este muchacho, me salvaré (Nu. 75-77).

El modo de salir de la dificultad, el camino de salida (*hodoû*), se le presenta en un cierto sentido estrecho (*atrapón*: “sendero, atajo”), pero desde un nuevo punto de vista, a la vez “maravillosamente, divinamente” (*daimoníos*) amplio. Se alude quizás aquí con *daimoníos* al *demonio* socrático; porque, en verdad, todas estas escenas iniciales entre el padre y el hijo causante de sus problemas económicos –hasta el momento en que se decide ir a la escuela de Sócrates– dejan entrever que Estrepsíades sabe a qué puerta ha resuelto tocar. Sabe al menos lo que la mayoría parece saber, es decir, que hay un cierto Sócrates, que hace las veces de maestro principal de un *phrontistérion* o “pensadero”² de almas sabias. Estos seres dedicados al saber, junto con “argumentar persuasivamente” (*légontes anapeithousin*) acerca de ciertas nuevas teorías físicas y astronómicas, además,

ellos enseñan, suponiendo que uno les dé dinero, a ganar mediante argumentos tanto sobre cosas justas como injustas (Nu. 98-99).

Estos argumentos se supone que son en especial los relativos a las causas judiciales, uno de los temas favoritos de Aristófanes y la comedia del siglo V ateniense. Así, entonces, como estos sabios quieren convencernos –contra toda la común evidencia– de que el cielo es parecido a la tapa de un asador, “y nosotros «somos» los carbones” (Nu. 97-98), así también él podría convencer a los jueces sobre asuntos realmente incorrectos, como es el salvarse de las deudas sin pagar. Si bien el poeta finge desconocer *con exactitud* (una pincelada de estilo intelectual) el nombre que se dan estos sabios, se toma la ocasión de darles un epíteto burlesco, el de *merimno-phrontistai*, un término que quizá podría aludir a Empédocles³, pero que, además, retrata el aspecto de inquieta preocupación (*he mérimna*) que dejan traslucir estos sabios, absortos como están en sus propios pensamientos. Su hijo Fidípides, más directo y desembozado, dice

² Es, como se sabe, una palabra inventada por Aristófanes. H. van Daele sugiere una relación con *phrontistai*, como la que se daban a sí mismos los sofistas (*Aristophane*, tome I, V. Coulon, H. van Daele, Les Belles Lettres Paris 1972, p. 168, n. 1).

³ Cf. K. J. Dover, *Aristophanes Clouds*, Oxford 1989 (1968), p. 107.

conocerlos bien (*hoida*, v 100)), y les llama “gente maldita”, “charlatanes” y “cara pálidas”; e individualizando a Sócrates, en forma malintencionada seguramente, mientras alude nuevamente a su “demonio” le llama *kakodaimon*, “poseído de un mal genio”, es decir, un “desgraciado”.

Pero el asunto principal para el comediógrafo está en identificar precisamente ese tipo de enseñanza que Sócrates realiza, y que le da aparentemente una fama tan controvertida. Primero que todo, se le atribuye lo que por lo general se les asigna a los sofistas, a saber, el poder argumentar en forma convincente acerca de un buen o un mal caso, de modo que, como cuenta Estrepsíades, “se dice que ellos pueden abogar de acuerdo con lo más injusto y ganar” (*Nu.* 115). Podemos efectivamente ver al Sócrates platónico argumentar, por ejemplo, en el *Protágoras*, acerca de la imposibilidad o posibilidad de la enseñanza de la virtud; o, cosa que lleva también a confusión a Eutifrón, “si lo piadoso es querido por los dioses porque es piadoso, o es piadoso porque es querido por los dioses” (*Eutifrón* 10a). ¿Hubo muchos, acaso, que entendieron mal las verdaderas intenciones del maestro?⁴ No es ahora el momento de discutirlo, pero evidentemente Sócrates andaba por ahí examinando cosas que llevaban en sí argumentos contradictorios. Al menos podemos decir, desde un punto de vista platónico, que Sócrates utiliza tales métodos para persuadir a su interlocutor de la debilidad de sus propias opiniones y convicciones. No era probablemente fácil para el ateniense medio –el público ideal– distinguir la presentación concreta en una discusión de ambos argumentos, de los objetivos de perfección moral que tales argumentos contrapuestos suponían. Se dice que ellos, entonces, afirma Estrepsíades, “poseen ambos argumentos” (*Nu.* 111-112). Y ante la negativa del hijo a ir él mismo a aprender en el *phrontistérion*, el padre toma la decisión de hacerlo: “Iré, dice, al pensadero para ser yo mismo instruido” (vv. 127-28).

SÓCRATES Y SUS PUPILLOS: LA ENSEÑANZA DEL MAESTRO EN LA ACCIÓN DRAMÁTICA

Un aspecto importante de la enseñanza socrática se deja traslucir en la escena que acontece a la entrada de la escuela, durante la conver-

⁴ Como comenta K. J. Dover, *op. cit.* xliii. “Socrates’ tutorial method, as portrayed in *Nu.*, could pass as a bare caricature of the dialectical skill with which, in Plato, he secures the cooperation of others in the quest for metaphysical proofs”. Lo que dificulta quizá mayormente la evaluación de escenas como la que se comenta es nuestra ignorancia básica del significado profundo de la comedia antigua.

sación del padre, Estrepsíades, con el discípulo del maestro, la que tiene lugar junto a la puerta del *phrontistérion*. Los golpes del padre han hecho *abortar* al discípulo un “pensamiento”. Luego se habla de la “cosa abortada” (vv. 137-39). Se ha visto aquí una referencia a la mayéutica socrática, o su ‘arte de partear’ interrogando a sus interlocutores. La mención platónica sobre este arte propio de Sócrates es bastante extensa, aunque un tanto tardía (*Teet.* 148e-151b); y a propósito de ello, además, se hace una explícita mención de los abortos. Esto da mayor fuerza a la idea de que Aristófanes apunta a un hecho que en la práctica es verificable por otras fuentes. El verbo aristofáneo es *exambliskein*, y el texto platónico alterna esta forma con *ambliskein*, en los sentidos de “abortar” y “hacer abortar”. Es posible que esta haya sido una de las cosas un tanto bizarras de contar sobre el maestro, si es que, además, se pudiera suponer que la labor de partera lo pudo llevar a decir que “mi arte de partear tiene las mismas características que el de ellas” (*Teet.* 150b); y que “los responsables del parto somos el dios y yo” (*Teet.* 150d). Esto concuerda con la idea de que es uno mismo el que verdaderamente encuentra sus propias verdades, y que, así como una partera no asiste a otras mujeres “cuando ella está embarazada y puede dar a luz” (*Teet.* 149b), así también él, Sócrates, tiene “igualmente en común con las parteras esta característica: soy estéril en sabiduría” (*Teet.* 150c). ¿Habrá dicho alguna vez Sócrates realmente lo que señala el *Banquete* (206 d), que cuando un ser fecundo se acerca a lo bello se derrama en un delicioso sosiego, y pare y procrea? ¿O que el que posee ese objeto bello se libera del gran dolor del parto? Los estudiosos suelen suponer que los diálogos llamados medios, entre los que está el *Banquete*, expresan la filosofía de las Formas inteligibles de Platón, no las doctrinas socráticas; y se tiende a pensar que los datos de tipo biográfico pierden ya en estos diálogos una certeza verdaderamente histórica. Quizá estas expresiones de Aristófanes puedan llevar finalmente a distinguir en estos diálogos entre elementos propiamente filosóficos –de corte platónico– y piezas de evidencia biográfica: estas últimas, si se ven corroboradas de un cierto modo por los testimonios de ambos, podrían suscitar una seguridad mayor en la tarea de reconstruir la personalidad del filósofo. Ahora bien, un equivalente a esta suerte de postura aséptica de partero por parte de Sócrates es posiblemente la actitud que este adopta con la llegada de los dos argumentos a la escena: serán los argumentos mismos los que enseñarán a Fidípides. En consecuencia, por toda respuesta a las peticiones insistentes de Estrepsíades de que al menos le enseñe a su hijo por cualquier artificio el argumento injusto o peor, el sabio le dice que:

él mismo será enseñado por los mismos ambos argumentos:
pero yo me retiro (*Nu.* 886-87).

El maestro deja que los argumentos solos actúen en el alma del joven; claro que en este caso habrá de triunfar sin apelaciones el peor. Las razones de esta victoria serán mostradas más adelante, pero es evidente que Sócrates ha dejado muy bien preparado a su joven pupilo, pues es seguro que Estrepsíades puede ya confiar que será absuelto de cualquier pleito que quiera (v. 1151). La referencia que hace el discípulo del estudio de Sócrates, por otra parte, en relación con temas considerados secretos (vv. 143 ss), tiene reconocidos ecos en el Sócrates platónico (ver *Teet.* 155b o *Eutidemo* 277e; aunque seguramente más en serio en *Banquete* 209e-210a). Luego el mismo Sócrates le ofrece al mismo Estrepsíades una corona que se entrega a aquellos que se van a iniciar (*tous telouúmenos*). Pero lo que quizá no pudo ser entendido por la mayoría de los atenienses, incluido el perspicaz Aristófanes,⁵ fue el hecho de que el papel de tutor, propio del filósofo, estaba específicamente en su potente invitación a investigar por sí mismos. Había que buscarle a este singular profesor una materia de enseñanza como la de los demás preceptores que deambulaban por Atenas; pero en realidad, aparentemente, ninguna materia esencialmente distinta parecía hacerse manifiesta; ni tampoco un método educativo, que mostrara al maestro en una luz diferente frente a los sofistas contemporáneos. Tiene que venir en nuestra ayuda nuevamente un testimonio de Platón para poner las cosas en una perspectiva más justa, y mostrar de paso que Aristófanes, de todos modos, pone de manifiesto situaciones de algún modo reales. Sería verdad, entonces, que Sócrates profesa enseñar y que tiene mucha gente que le sigue, y que probablemente haría esto no solo en las casas de sus amigos, en las calles, plazas y gimnasios donde se reunía la gente, sino también en su propia casa, adonde tal vez acudiría demasiada gente como para que esto pasara inadvertido. Así, entonces, el sentido certero del comediógrafo suele dar en el blanco: todo lo que enseña se puede resumir en lo que el pupilo del filósofo le cuenta a Estrepsíades sobre ciertos alumnos, que están ridículamente “sondeando las tinieblas del Erebo”; y ese otro con “el culo mirando hacia el cielo” (*Nu.* 192): lo que ese alumno hace es,

⁵ Aunque tengo algunas razones para pensar que Aristófanes entendió bien un asunto fundamental de la enseñanza de Sócrates, relacionada con el *conócete a ti mismo*, esto ha de mostrarse finalmente en toda su fuerza en el momento de establecer las verdaderas culpabilidades de los personajes: el verdadero culpable no es Sócrates sino Estrepsíades, puesto que la responsabilidad última de cada cual radica en sí mismo (ver en *Nubes* 1454-55, un momento decisivo).

él mismo está aprendiendo por sí mismo astronomía (*Nu.* 194).

La expresión *autòs kath' hautòn* recuerda fuertemente al Sócrates platónico, y por supuesto al mismo Platón, y revela, con el auxilio de otras fuentes, lo que debería ser el elemento principal de su enseñanza, a saber, un volverse de uno mismo hacia sí mismo, no importa cuál sea la materia en estudio.⁶ De ahí también que Sócrates, en el momento en que entra en escena, sea llamado *autós*⁷; y quizás esta sea también la causa por la que el pupilo, antes de retirarse, le insista a Estrepsíades a que sea “él mismo” quien llame a Sócrates, quien se halla en ese instante espectacularmente situado en un canasto que cuelga de unas cuerdas en la altura.⁸ No me interesa por ahora examinar los conocimientos meteorológicos de los que hace gala Sócrates desde su cesta, sino señalar cómo es que muy pronto el maestro se las arregla para interrogar a Estrepsíades, e iniciar con él una suerte de parodia de diálogo:

Sócrates: Respóndeme ahora algunas preguntas.

Estrepsíades: Dime de inmediato lo que quieres saber (*Nu.* 344-45).

Son preguntas de comedia, es verdad, pero sobre cosas concretas, como solía hacerlo Sócrates; ahora es sobre nubes convertidas en figuras de leopardos, pero pronto se llega al problema de los dioses y su explicación material y mecanicista. Me interesa, sin embargo, destacar, en la línea de lo que vengo analizando, la presencia de un fragmento a mi juicio claramente socrático en las *Nubes*. La incredulidad de Estrepsíades frente a las explicaciones físicas del maestro habrán de solucionarse mediante un expediente esencial de metodología educativa. Dice Sócrates:

Yo te enseñaré a partir de ti mismo.

Apo sautoû'go se didaxo (*Nu.* 385).

⁶ De ahí que el pupilo le muestra a Estrepsíades diversos alumnos, uno estudiando geometría, otro astronomía y otro midiendo tierra.

⁷ Pupilo: *autós*

Estrepsíades: *tís autós?*

Pupilo: *Sócrates*

Estrepsíades: *O Sócrates!* (*Nu.* 219).

⁸ En la *Apología* de Sócrates este considera –haciendo un buen resumen de Aristófanes– las acusaciones mentirosas, según dice, sobre un cierto Sócrates que se ocupa de cosas celestes, que investiga lo que hay bajo tierra, y que hace más fuerte el argumento más débil. Y saca también la consecuencia lógica de que son precisamente los que investigan ese tipo de cosas los que no creen en los dioses (*Ap.* 18 b-c).

La explicación de detalle que se da es apropiadamente ridícula, pero un resultado preliminar de todo esto es que Sócrates se transforma en una suerte de ‘ministro’, un *própolos* de las *Nubes*, con el mandato de enseñar a Estrepsíades (*Nu.* 436); y lo que le interesa a Sócrates es conocer primero las características propias del pupilo:

Vamos, entonces, descríbeme ya tu propio carácter (*Nu.* 478).⁹

Y para mitigar las dudas de Estrepsíades, el mismo maestro deja ver un aspecto que suponemos típico del temperamento socrático:

No, pero quiero hacerte unas breves preguntas (v. 482).

Hay aquí una muestra de una preocupación que es posible reconocer también en el Sócrates de Platón, que se podría resumir en su empeño por favorecer la brevilocuencia¹⁰, a pesar de que él mismo reconoce que obra a veces de un modo inconsecuente con respecto a los discursos¹¹: Son preguntas deliberadamente breves, que exigen respuestas de la misma calidad; puesto que se sabe que frente a las preguntas y respuestas breves está la otra posibilidad, muy favorecida por los verdaderos sofistas, del discurso largo, designado como ‘macrología’¹². Esto corresponde a una suerte de estrategia socrática para quebrantar el poder persuasivo de la oratoria. En estas circunstancias, este tipo de interrogatorio es puesto de nuevo en práctica por el mismo Sócrates, después del interludio coral. El profesor revela una cierta impaciencia con Estrepsíades (“¡no es eso lo que te estoy preguntando!”, *Nu.* 641), y el diálogo, al estilo de un Crátilo lingüista, se vuelve por momentos muy intenso, con frases breves y rápidas, en especial en *Nubes* 677-707. La conversación se corta en forma algo abrupta, con la salida de Sócrates, y es el coro el que señala ahora, a mi juicio, una de las más notables alusiones al método de enseñanza socrático.

Piensa, entonces, y considéralo,
y retuércete a ti mismo de cualquier modo
mientras te concentras. Pero rápido, cuando caigas
en una dificultad (*eis áporon*), salta hacia una otra idea de tu mente;
y que el sueño deleitoso esté ausente de tus ojos (*Nu.* 700-05).

⁹ “The pupil is now ready for the screening test preliminary to admission” (E. A. Havelock, “The Socratic self as it is parodied in Aristophanes’ *Clouds*”, *Yale Classical Studies* (Ed. Adam Parry), vol. XXII Cambridge U. P. (1972): *Studies in Fifth-Century Thought and Literature*.

¹⁰ Por ejemplo, en *Protágoras* 334d-335a.

¹¹ Ver *Gorgias* 465e.

¹² *Protágoras* 335b, 336b; *Gorgias* 449c, 461d.

No tengo otros medios de prueba, pero mi suposición es que *eis áporon* tiene una significación equivalente a *en aporíai*: ‘en dificultad’. Es el caso, por ejemplo, cuando Sócrates, precisamente en un contexto relacionado con la educación, dice que “todos, sin embargo, nos hemos quedado ahora en situación difícil” (*en aporíai*, *Laques* 200e; cf. *Eutidemo* 293, *Gorgias* 522a, *Hipias Mayor* 298c). Es la dificultad de pasar frente a un obstáculo que impide continuar una conversación cuyo objetivo ha sido encontrar una verdad, una certeza, y señala la incertidumbre a que se puede llegar finalmente en el razonamiento, tan frecuente en los diálogos socráticos; un aprieto del que muchas veces es el mismo Sócrates su principal instigador, pero de la que el mismo maestro se declara muchas veces incapaz de solucionar. Luego de un nuevo interrogatorio socrático (vv. 723 ss), esta situación de incertidumbre en la búsqueda en cierta manera se repite. Es Sócrates el que habla:

Mantén la calma (*atrema*), y si estás perplejo (*aporês*)
con alguna de tus ideas, déjala escapar y abandónala; en seguida, sométela
a tu juicio agitándola de nuevo y examinándola (*Nu.* 743-45).

Sin duda que para un comediógrafo como Aristófanes, este es un modo de caricaturizar ciertos rasgos reconocibles de ese Sócrates que, mediante el diálogo, sigue incansablemente la pista de un pensamiento junto a su interlocutor. El maestro también ha pedido calma, al menos en *Gorgias* 503d, en su discusión con el formidable Calicles: “Veámoslo, dice, del siguiente modo, examinando con calma (*atrema*) si alguno de estos llegó a ser tal como decimos”. Pero además, el verbo *aporéo* (‘estar en dificultad, estar perplejo, o en apuros’) es indudablemente uno de los verbos preferidos del Sócrates platónico, y es usado más de cien veces en los diálogos de Platón, aunque no todas las veces, por supuesto, en relación con un tema socrático.

UNA DISPUTA ENTRE DOS TIPOS DE EDUCACIÓN

La larga discusión entre el argumento mejor y el peor deja en evidencia una ya antigua y dura controversia al interior de la sociedad ateniense. En el centro de esta disputa están precisamente los sofistas, y, por lo que se ve, ciertos filósofos como Sócrates; y la razón quizá principal de esta polémica está en la educación. Al hablar de educación se está señalando básicamente lo que los griegos entienden por *paideia*, que significa en este contexto ‘instrucción’, la ‘actividad de educar’. Nuestro poeta utiliza también *paideusis*, que además de los sentidos anteriores, señala también más específicamente un ‘proceso

o sistema de educación'. En ambos casos, por otra parte, está a menudo presente la idea de 'cultura', en cuanto la educación se hace equivalente al resultado, es decir, al conjunto de conocimientos que una persona adquiere mediante el estudio. La revolución sofística ha traído una transformación de la enseñanza en la Hélade, y con ello, cambios substanciales en la apreciación cultural, en especial, de las nuevas generaciones. Una *paideia* es, en esas circunstancias, un equivalente a saber, y el problema está con frecuencia en las *Nubes*, centrado en los contenidos de ese saber –como lo que se enseña acerca de los dioses y la religión en general– y en los resultados perniciosos y corruptores que esos *nuevos* conocimientos producen en la conducta de los ciudadanos. La juventud, naturalmente, parece la más afectada por todo esto, y es por eso que Fidípides, el hijo de Estrepsíades, se transforma en un segundo protagonista. En Fidípides se hacen patentes los resultados nefastos de esta educación¹³, y el nudo de la obra es llevado en definitiva al desenlace, por la directa mediación de las nuevas conductas del hijo, dramáticamente alteradas por las enseñanzas recibidas en el pensadero de Sócrates. Estrepsíades, el padre, ha resultado ser un mediocre estudiante, pero con la suficiente claridad acerca de qué puede aprender su hijo, en especial, su capacitación como defensor de causas injustas y de argumentos peores y engañosos, lo que le podrá poner a salvo pérfidamente de sus deudas.

Así entonces, la contienda entre los dos argumentos –que terminará finalmente con el triunfo del peor– es básicamente una escenografía inventada por Sócrates para enseñar al joven “por los argumentos mismos” (v. 886). Allí se han de exponer las nuevas ideas, esas que, sin recato, el argumento peor se propone utilizar para derrotar al argumento mejor. El argumento inferior, en efecto, lo hará “inventando razones nuevas” (*Nu.* 896); y al parecer, según el argumento justo, la *polis* misma apoya al injusto “mientras este se dedica a arruinar a los adolescentes” (v. 928). La ‘antigua educación’, con su capacidad de instruir en la justicia y la temperancia (vv. 961 ss) era el sistema educativo de los que lucharon en Maratón (v. 986); pero el argumento peor se las arregla para salirse con la suya y encargarse de la educación del joven, y el padre no tendrá razón para preocuparse. “Pierde cuidado –le dice el argumento peor–, te lo llevarás a casa como un diestro sofista” (*Nu.* 1111). Estrepsíades no sabe lo que le espera, y confía en que le entregarán un campeón de sus malas causas; y advierte a sus acreedores que ya no podrán hacerle ningún daño, con un niño como este,

¹³ A la que se insiste en llamar ‘nueva’: *ten kainèn páideusin* (*Nu.* 936).

Mi baluarte, el salvador de mi casa, el azote de mis enemigos,
destructor de los grandes males paternos (*Nu.* 1162).

Si bien su instructor ha sido en un principio el mal argumento, el verdadero profesor es Sócrates, quien devuelve el hijo a su padre. Aristófanes escenifica una entrega simbólica del pupilo, como si el profesor le entregara, ante la presencia del progenitor, la licencia que el hijo ha merecido por sus estudios¹⁴. El hecho de que Estrepsíades se sienta muy luego seguro frente a sus acreedores, y que el hijo, muy poco después le pegue a su padre, dándole razones sofísticas de la conveniencia de hacerlo, y que, finalmente, pretenda hacer lo mismo con la madre, produce un cambio dramático que ha de conducir a la quema del pensadero de Sócrates por parte de un airado Estrepsíades. El enojo del padre proviene en primer lugar de los resultados desastrosos que la educación de Sócrates ha producido en su hijo, y porque es él, precisamente, la primera víctima. Y a pesar de la acusación de Estrepsíades, que tanto las Nubes como Sócrates y el argumento peor deben ser castigados, el líder del coro le responde:

Tú mismo eres efectivamente por ti solo el causante de esto,
puesto que por ti mismo te encaminaste hacia las malas acciones
(*Nu.* 1454-55).

Una sorprendente afirmación, cuando todo parecía indicar que Sócrates era el culpable principal, si bien el maestro y su pensadero recibirán muy pronto su propio castigo. Así entonces, las Nubes tampoco son culpables, sino que ellas por el contrario castigan a un tipo de gente que, como Estrepsíades, se muestra reconocidamente “ansiosa de actividades perversas” (v. 1459). El héroe principal, en consecuencia, es el principal inculcado, y es posible que en él se esconda la figura del ciudadano medio de Atenas, que alienta la existencia de toda esta masa de educadores nuevos, gracias al interés que este mismo ciudadano tiene en utilizar sus servicios. Sócrates, por tanto, más que el principal peligro, se muestra aquí como una signo destacado de una crisis cultural, una señal de la crisis de las antiguas costumbres. El poeta es claro en destacar este quiebre de la educación como la causa principal de la decadencia moral de la sociedad. Fidípides, el hijo, se niega a seguir a su padre y colaborar con sus acciones punitivas en contra del pensadero y sus maestros.

¹⁴ Sócrates: Aquí tienes al hombre.

Estrepsíades: ¡Mi querido, querido hijo!

Sócrates: Vete, y llévate (*Nu.* 1167-69).

La educación de Sócrates ha contribuido a perfilar una distancia generacional entre padre e hijo ya de hecho patente desde la primera escena de la obra; y en ese momento no es Sócrates la causa del problema sino más bien, aparentemente, su mejor solución. Pero aunque el padre manifiesta ahora, al final, un arrepentimiento por sus objetivos injustos de fondo¹⁵, la solución violenta de quemar la escuela de Sócrates deja abiertas diversas interrogantes que al parecer el comediógrafo más que clarificar deja al descubierto en esta obra, que el mismo Aristófanes consideró “la más ingeniosa de mis comedias”¹⁶.

¹⁵ “¡Ay de mí, mala cosa, oh Nubes, pero es justo. Yo no debería haber tratado de no devolver el dinero que había pedido prestado!”, *Nu.* 1462.

¹⁶ *Nubes* 522.